



MÁS ALLÁ DEL ROCÍO
Los reinos de Ramón
Palomares

(Compilación) Minci

MÁS ALLÁ DEL ROCÍO
Los reinos de Ramón
Palomares

(Compilación) Minci

MÁS ALLÁ DEL ROCÍO Los reinos de Ramón Palomares
(Compilación)

Colección Claves

Ediciones **MinCI**

Ministerio del Poder Popular para la Comunicación e Información

Final Bulevar Panteón, Torre Ministerio del Poder Popular para la

Comunicación e Información. Parroquia Altagracia, Caracas-Venezuela.

Teléfonos (0212) 802 83 14 / 83 15

Rif: **G-20003090-9**

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Jorge Rodríguez

Vicepresidente Sectorial de Comunicación y Cultura (E)

Harim Rodríguez

Viceministro de Planificación Comunicacional

Gustavo Cedeño

Director General de Producción y Contenidos

Kelvin Malavé

Director de Publicaciones

Edición y corrección de textos/ **María Aguilar, Ricardo Romero,**

Daniela Marcano

Diseño y diagramación/ **Luis Manuel Alfonso**

Depósito Legal: **DC2018000840**

ISBN: **978-980-227-383-6**

Edición digital en la República Bolivariana de Venezuela

Mayo, 2018

MÁS ALLÁ DEL ROCÍO
Los reinos de Ramón
Palomares

(Compilación) Minc



MÁS ALLÁ DEL ROCÍO

Los reinos de Ramón Palomares

NOTA BIOGRÁFICA

Ramón David Sánchez Palomares ampliamente conocido como Ramón Palomares, nace en Escuque estado Trujillo, el 7 de mayo de 1935. Considerado no solo uno de los poetas más sobresalientes de Venezuela, su reconocimiento es universal, por la magnitud de su obra, traducida en varios idiomas, con decenas de ediciones y además premiado desde muy joven hasta el final de sus días en este plano material. El “Viejo Lobo” como cariñosamente le decían sus amigos, aludiendo a uno de sus poemas, se graduó de maestro normalista en 1952 y luego cursa estudios de Castellano y Literatura en el Instituto Pedagógico de Caracas y obtiene el título de Profesor en 1958. Siguió la carrera académica, esta vez obteniendo la licenciatura en Letras por la Universidad de Los Andes en Mérida, institución en la que se mantuvo como docente hasta jubilarse. Fue un gran activista cultural, participa en grupos como Sardio y El Techo de la Ballena, compartiendo con escritores de envergadura como Salvador Garmendia, Juan Calzadilla, Rafael Cadenas, Adriano González León, Edmundo Aray, entre otros.

Es precisamente el año 1958 cuando se publica su primer poemario *El Reino*, obra que lo lanza a la república de las letras hacia lo alto. En 1975 recibe el Premio Nacional de Literatura por su obra *Adiós Escuque*, otro de sus más admirados trabajos poéticos. En el año 2001 le conceden el doctorado Honoris Causa por la Universidad de Los Andes. Resulto ganador en el 2006 del Premio Internacional de Poesía Víctor Valera Mora y recibe homenajes en la Feria Internacional del Libro de Venezuela (Filven) y en el Festival Mundial de Poesía. En 2010 recibió en España el premio Fray Luis de León de Poesía Iberoamericana, que concede la Sociedad de Estudios Literarios y Humanísticos de Salamanca en colaboración con el Instituto de Estudios de Iberoamérica de la Universidad de Salamanca.

En el estado Trujillo se celebra la Bienal de Literatura Ramón Palomares en su honor y la Fundación Biblioteca Ayacucho publica el volumen *Vuelta a casa* en la colección clásica. El 4 de marzo de 2016 el “Viejo Lobo” se despide físicamente en Mérida y nos saluda desde el eterno horizonte.

MÁS ALLÁ DEL ROCÍO

A mis amigos de entonces los Pérez Negrón

¿Y qué hay más allá del rocío?

—No me olvides dijo la elevada palmera,
Reventaban allí estridentes cigarras,
mañanas moteadas, plumizos vapores...

Hay un pequeño estanque, piedra aferrada a una pintura,
grueso amarillo y

rojo,

andan, nadan, se agreden y arrullan unos patos tiznados,
gansos de pluma vieja y maltratada.

Y es sábado y el Sr. Ángel –un ángel grueso, zurdo y
bondadoso

trae libros con dibujos

salen hadas, princesas, reinos, bosques, brujas, murallas
en ascendentes remolinos

y al mediodía los jobos esparcidos más allá del arroyo se
alborotan

y removiendo los aires y las nubes.

Zumos, aromas, el amarillo todo, la luz toda

¡Vaya algarabía!

Todo era de Ramón Palomares

Ernesto Román Orozco

Conocí a Ramón Palomares, primero, por la incesante lectura que hice de sus libros, de su particular poesía. Luego, a mediados de los ochenta, ya en funciones como promotor cultural del Ateneo del Táchira, el profesor universitario y buen amigo Gustavo Villamizar lo invitó a San Cristóbal con motivo de las elecciones de la Universidad de Los Andes, en las cuales se escogería las autoridades rectorales de entonces, y a cuya plancha estaba sumado el poeta. Nos trajo un ramo fresco de poemas. Más adelante, en 1999, nos vimos de nuevo en Mérida: Feria Internacional del Libro Universitario, a la cual asistí varias veces con el poeta Segundo Medina, entre golpes de amarillo, como diría el poeta Pepe Barroeta, por aquella alegría de estar en la hermana ciudad andina con tantos poetas amigos, y que Segundo traducía interpretando canciones de Charles Aznavour. Luego, no había un jolgorio nacional que celebrara al poeta Palomares al que no se me invitara y yo, inquebrantablemente, asistía; así fui a unas cuantas ediciones de la bienal literaria que lleva su

nombre, en Trujillo. En uno de esos viajes leí, con Armando Rojas Guardia, en Carache. Y hablé de esa experiencia con Ramón, cuyos ojos resplandecían al oírme hablar del pueblo de mi padre, de mis ancestros trujillanos.

14 de diciembre de 2005. Luis Hernández Contreras y yo lo invitamos a una lectura en el Ateneo del Táchira. Fue muy bello y nostálgico el reencuentro. Aún guardo los afiches que Freddy Nãñez, ex ministro de Cultura y hoy presidente del canal del estado venezolano, cuando vivía en San Cristóbal, nos diseñó para anunciar la buena nueva. Allí estuvimos todos: en su lectura; su voz ya oxidada de tiempo y desmemorias, supo deferir cada fulgor de sus imágenes. Sus poemas eran él develándose ante nosotros, pues Ramón fue un hombre bueno más allá de su esencialidad poética; jamás perdió su asombro puro de niño ante la belleza que en ráfagas de albos nos ofrenda la naturaleza. Descubrió grandeza e infinitud en el viaje de una hoja al desprenderse de la rama, sin importarle su destino. Confesó cómo una nube armaba pieza por pieza sus gotas para después bañar los campos de su poesía, con la lluvia serena y piadosa de la palabra neblinosa, paramera. Ramón Palomares fue ese amigo que nunca escatimó un gesto afectuoso: sus manos ocupadas con esa alegría asombrosa que lo caracterizó ante un amigo.

En el año 2006, el poeta Antonio Trujillo gana el Premio Nacional de Poesía Ramón Palomares, pero el de Escuque, su pueblo natal, y junto a Luis Alberto Crespo nos fuimos a ese hermoso poblado tras las huellas de Ramón. Me daban en ese concurso la mención publicación de mi poemario *Las casas líquidas*. Pero el poeta Trujillo compartió el premio conmigo y me hizo también el ganador. Antonio y Luis Alberto fueron tras las huellas de Ramón hasta su casa, y la hallaron. Antonio puso su mano abierta en la puerta principal e hizo silencio, como buscando bautismo poético en el “pájaro de los siete colores”. Sabíamos que todo era de Ramón Palomares; los pájaros de Escuque, la neblina, las frutas, las aguas que oíamos bajar de las montañas; aquello era de Ramón; ese poeta y patrono de los árboles que tenían sus propios vientos para bailar y corregir sus verdes.

Un buen día, mientras tomábamos unas cervezas, me comentó que estaba pensando regresarse a Trujillo. Que estaba arreglando la casa de Escuque. Yo, para no decirle que pensara bien esa decisión, le respondí: —Poeta, mientras tanto, cada mañana rece el título de uno de sus libros: “Adiós Escuque”, “Adiós Escuque”, “Adiós Escuque”. Él sonrió, chocó su vaso con el mío, y observó el horizonte cercano de un gato dormido, sobre una silla del restaurante del Hotel Trujillo.

De *El Reino a Adiós Escuque*

Luis Alberto Crespo

Con un torrencial recuento de verdes y estallidos, turbulencia de voces que ruedan en el barro y en las piedras de la imagen como formando una nueva cosmogonía donde se anima el objeto y se instauro el tiempo macho y el tiempo hembra prestados a los libros sagrados de la violencia y la creación, el *Popol Vuh*, los textos del *Chilam*, se cierra *Adiós Escuque*, libro coronado.

La poesía del realismo mágico recibió este año el Premio Nacional de Literatura. Ramón Palomares, su creador, la reúne en un adiós enunciator, tal vez, de una renuncia a la temática silvestre, iniciada en 1964 con *Paisano*, o al estilo naif, al modo ingenuo, inocente con el cual ha poetizado el asunto telúrico. En todo caso, *Adiós Escuque* implica una experiencia culminante y el adiós del título podría significar más bien el gesto del caminante, que en poesía se traduce como regreso, como saludo. Así lo hace Palomares al término de su libro, cuando se despide para saludar (Adiós Salud Adiós) la tierra transfigurada por los ojos del labriego y su voz de pájaro o caballo. Despedida y regreso es ritual de viajante, del que sabe los caminos. Antes en *Paisano*, ese libro de encantamientos e historias mágicas,

signados por lo trágico y lo glorioso, el poeta se despide de la manera que decimos: “No dejaré de volver. / No dejaré de volver”. Asimismo la acogida pindárica dispensada por Palomares al pájaro de *El reino*, libro primigenio, libro de fundaciones, proto poema, es también anuncio de futuras idas y venidas por el paisaje. El suntuoso “Saludos precioso pájaro”, con que se inicia la bienandanza a través de una comarca de verdores y seres asistidos por la gracia, oscurecidos por la noche y la muerte, nos anuncia ya el gran ritual de Palomares. Este ceremonial poético, cuyo oficiante es el pájaro, se cumple de nuevo en *Paisano*. La voz pronuncia las cosas y los seres se asemejan a ellas, reproduce su hechizada presencia:

Cuerdita de la montaña, pájaro de los siete colores:
¿A quién le decís de querer?

Esa misma emocionada presencia del pájaro promoviendo un paisaje real y un estado del alma reinicia en *Adiós Escuque* una temática de la inocencia poética marcada por el tono coloquial, el lenguaje simple, tomado caso literalmente de las voces rurales:

Pajarito que venís tan cansado
y que te arrecostás en la piedra de beber
Decime: ¿No sos Polimnia?

Adioses que son regreso se oyen también en *Honras fúnebres*, otro poemario de Palomares, elegíaco, cuya temática es la venida a Caracas de los restos de Simón Bolívar. El ceremonial del pájaro aquel de *El Reino*, el gavilán de la *Elegía a la muerte de mi padre* (“ya los gavilanes han dejado su garra en la cumbre y en el aire dejaron pedazos de sus alas”) se celebra de nuevo en las estancias de *Hombres fúnebres*:

He allí una triste mujer;
sobre sus hombros dos pájaros negros
que miran al sur.

En *Santiago de León*, cuarto libro de Palomares, el poeta retoma el asunto histórico —esta vez acerca de la violencia de nuestra conquista— y descubre prácticamente allí el estilo conversacional que habría de utilizar luego en *Adiós Escuque*. Zamuros, aves infernales sobrevuelan el cadáver de los ajusticiados por la intriga del Cabildo y de la Compañía Guipuzcoana. *Adiós Escuque*, decíamos, es la culminación y reinicio, una ojeada a la obra de Palomares nos permite constatar la ajustada coherencia de una voz que solo ha cambiado de acento para fundar una y otra vez la poética del encantamiento. *Adiós Escuque*, continúa, efectivamente, el carácter dialectal, ritmo anecdótico y telúrico de *Paisano*. La innovación reside esta vez en el despojamiento metafórico del objeto poético y en su acentuada dramaticidad.

Paisano es transustanciación de lo real inmediato, gran metamorfosis de seres y cosas de una comarca rural donde se cumplen los hechizos del *Popol Vuh*, los viejos textos mayas quichés trasladados a los usos y costumbres de las montañas andinas, de Escuche y sus caminos:

Andaba el sol muy alto como un gallo
brillando, brillando
y caminando sobre nosotros.
Echaba sus plumas a un lado,
mordía con sus espuelas al cielo.

En *Adiós Escuche* la metamorfosis es apenas incidental. Por eso, por absoluto despojamiento metafórico, imaginístico; los poemas siguen la relación real del objeto y la palabra, el trazo de ave, el contorno del paisaje, la inflexión de la voz cuando el poeta se viste de labriego o animal para poseer el mundo de los elementos, su inmediatez. “Nativos”, uno de los poemas capitales del libro y de este tipo de poesía, muestra toda la fuerza expresiva de la palabra aún no sometida a retórica, a concepto. Poema oral, que exige una fonética propia para encantar con sus pausas, sus giros:

Nacimos en este pueblo donde la gente vive
preguntado por los de lejos

—Eufrasio. —Démen razón de Eufrasio
—¿Ustedes no me han visto a Eufrasio?
Ai se reían los otros y se iban al momento
No sabían otra cosa.
Y cuando caminábamos siempre íbamos por ese
pueblo
Lo que hay son puros extraños
gente forastera que beneficia animales y los cuece
de una vez para vender.
Nosotros pasamos preguntando por una tierra
—Hágame el favor ¿Qué es lo que queda aquí?
Cómo llaman por estos lados?

Incluso en los casos de interiorización del paisaje donde el estado del alma sustenta la transfiguración, como ocurre en algunos poemas de *Adiós Escuque* (concretamente “Esos que venían de Sicoque”. “La Mesa del Palmar”. “Las Pavas”; en “Abuelos Muertos, tías y demás sobras” o “El alma dándole de beber”) la poesía acentúa su sequedad de propósitos y situaciones. El colorido, el verdor y la fabulación toda de *Paisano*, en el cual el poema se refiere, señala las cosas para encarnarse en ellas, advienen en *Adiós Escuque* materia de conversaciones, asuntos fundamentales del libro. La poesía se realiza entonces en el coloquio, en el diálogo poetizado. La transfiguración no se produce, en todo caso, como observamos en *Paisano*, por efecto del acto encan-

tatorio. La poetización del objeto, la transfiguración del hecho anecdótico en proposición poética no es mágica, es real en *Adiós Escuque*. De allí sus desconcertantes formulaciones. A la fábula de *Paisano* sucede el testimonio y la narración de *Adiós Escuque*. Testimonio de lo maravilloso, narración de lo maravilloso. En el poema “El alma dándole de beber” encontramos esta invitación al brindis poetizado por el manejo lúdico de las imágenes reales y la incorporación del tono coloquial:

Llene este vaso
Llévelo y lléveselo hasta el corazón Beba
Haga beber su corazón
Beba con sus ojos Beba con su frente Beba otra vez
Ya está!
Mire ahora
¿Qué me dice del fondo? ¿No ve acaso una flor?

Y siempre el retorno temático a los libros precedentes. Labor circular. Es indudable que en la obra poética de Palomares hay una suerte de regreso a experiencias poéticas anteriores. De ahí la coherencia de que hablamos hace unas líneas. En tal sentido hay más de una vinculación entre *El Reino*, el libro “más artístico” de Palomares, y *Adiós Escuque*. Esa continuidad temática (a la cual se refiere acertadamente Iraset Paéz Urdaneta en el prólogo que presenta la antología poética de Ramón Palomares, *Poesía*, 1958-

1965, editada por el Instituto Pedagógico de Caracas, en 1971), que solo sufre cambios estilísticos, podríamos reducirla a tres motivos: el pájaro, la casa, la muerte. Igual sucede con los libros posteriores (*El vientecito suave del amanecer con los primeros aromas* escaparía a esta consideración por ser la única obra de Palomares desvinculada de la triple motivación), así como en los poemas publicados en diversas revistas y suplementos literarios del país. El tema de la muerte, por ejemplo, que dio origen a *Elegía a la muerte de mi padre*, poema que se sitúa en la mejor tradición del mito funerario mágico-religioso, se reinicia más tarde en *Adiós Escuque*, cumplida la experiencia de *Honras fúnebres*, como si Palomares quisiera retomar la frase de la primera elegía, aquella de la despedida del cadáver paterno,

Hace poco tiempo han pasado ante tus ojos
sobre la tarde tan gris, por el cielo
inhóspito,
ciertas aves migratorias llenas de tristeza.

tocándola esta vez con el giro lineal, anecdótico. Así, en “Despedida a Laurencio”, la “nueva versión” de la elegía guarda ahora el tono conversacional directo con el que Palomares se propone dar testimonio de un hecho real y desgarrante. Digamos esta nueva “despedida” funeraria:

—Sí, zorro, Sí laurel
Adiós
se fue yendo la gente, yendo
y unos pajaritos por el monte.

El acento deliberadamente sentimental, lloroso, casi, del poema, tiene, por otra parte, la factura ingenua de la poesía de *Paisano*, cargada de diminutivos, voseos, expresiones dialectales, ayes que hacen del poema testimonio de la tierra, mitología familiar.

El premio otorgado a Ramón Palomares por *Adiós Escuque* es el reconocimiento a una concepción poética del hombre y de la tierra, de su voz venida de nuestro pasado precolombino. Poesía del realismo mágico, calificativo solo adjudicable hasta ahora a la narrativa. Con Palomares se premia, pues, a una corriente poética que viene desde antiguo, de la poesía oral, cantada por los fundadores del continente mítico. En el último poema de *Adiós Escuque* (el primero del próximo libro de Palomares), la resonancia de piedras, pájaros, vientos, árboles, voces, revueltos en un torrente lingüístico que nos recuerda a ciertos pasajes de *Wattunna*, el libro de la cosmogonía makiritare cuya adaptación al castellano debemos al admirable trabajo de Marc de Civrieux, el poeta pareciera anunciarnos la creación de una nueva cosmogonía en la cual tuvieran cabida nuestras tradiciones solares, nuestro ser silvestre, de piedra, de agua y de fuego.

Y la tierra corría y corría y regresaba y corría y la tierra en la noche en la oscuridad dando su cara negra y rodando su cara deslumbrante y su azul negro y sus nubes y aladas / y sus nubes estrepitosas y deshechas con el mar que saltaba hacia su madre y saltaba desde el pecho de su madre / y con el viento que lloraba y cantaba como un niño y lloraba y cantaba como una mujer y lloraba y cantaba como un anciano y como un perro / y como un mar hasta que era otra vez viento y lloraba y cantaba / y la tierra iba loca y bella. Como siempre desde el comienzo, el primer adiós y el primer regreso, a la hora de las grandes labores del génesis poético.

(*) *Revista Nacional de Cultura*. N° 221. Caracas, julio-agosto-septiembre, 1975, pp.67-72.

El Reino de Ramón Palomares

Ludovico Silva

Ramón Palomares figura entre los poetas más frescos, vivos y auténticos con que cuenta la poesía venezolana actual. Desde su primer libro, *El Reino*, dio muestras de poseer una capacidad de trabajo lingüístico-poético nada común. Su poesía es, en este sentido, una mezcla de inspiración y experimentación. Sobre todo a partir de su libro *Paisano*, la experimentación con el lenguaje de la lejana provincia andina (Escuque en particular) adquiere visos de auténtica renovación de lo que se conocía hasta entonces como poesía “folklórica”. Pues la poesía de Ramón Palomares, a partir de *Paisano* y hasta *Adiós Escuque* es una poesía que bien podría calificarse de folklórica, si le damos a este vocablo una noble connotación de rescate de lo más íntimo y precioso del habla popular de una región de Venezuela. Pero hay más que eso. También en las novelas de Gallegos había abundancia de vocabulario regional; pero ahora, en esta poesía (como en general en la nueva novela latinoamericana) se trata de una construcción del universo a través del lenguaje. Una auténtica reconstrucción lin-

güística, que ha requerido de poetas como Palomares una ardua labor de *construcción* verbal, porque esa apariencia sencilla y como inocente de sus versos oculta una labor de zapa crítica, una lima incesante, un perfeccionismo que el poeta no osaría negar si se lo preguntasen.

He trabajado, para este ensayo, en la edición de *Poesía*, hecha por el Instituto Pedagógico de Caracas en 1973. Recoge lo fundamental del poeta, a saber: *El Reino* (1958), *Paisano* (1961-1962) y *Honras fúnebres* (1965). Su libro *Adiós Escuque* (1968-1974) lo consulté en la edición que de él hiciera la Dirección de Cultura de la Universidad de Los Andes, en 1974. No está de más decir que con esta obra —y desde luego con su trayectoria como poeta— Ramón Palomares obtuvo el Premio Nacional de Poesía. Me tocó ser uno de los jurados, y unánimemente acordamos la distinción para este grande y aun joven poeta nuestro (Palomares nació en 1935).

La mejor definición para la poesía de Palomares es llamarla paisana. Todos sus libros están dedicados a reconstruir un determinado paisaje venezolano, el paisaje andino, e incluso en aquellos libros donde las alusiones directas no abundan —como en *El Reino* o en su poema a Caracas— siempre se respira un aroma rural, de pájaros y demás animales, de viejas casas derruidas, de paisajes muertos a veces, de veces verdeantes y vivos. Este es

el mundo del poeta: un mundo mágico, compuesto de extrañas fatalidades y mandatos cabalísticos. Tendremos oportunidad de comprobarlo con algunas citas de su libro *El Reino*, que analizaremos en primer lugar. Este libro fue la verdadera clarinada poética de la llamada “generación de 1958”: a partir de ese momento, la generación tenía su poeta. Pero hay que recalcar que la poesía de Palomares no insurge como un acto de rebeldía frente a la tradición literaria. Por el contrario, su poesía es la perfecta continuación de grandes poetas nuestros como Vicente Gerbasi, cuya huella es patente en la obra de Palomares.

Tal vez *El Reino* siga siendo el libro de poemas más completo y denso de Ramón Palomares. En él se da cita su paisanería con su condición de poeta profético y universal; todo sabiamente distribuido, porque hay que recalcar que este es uno de los libros más delicadamente estructurados de toda nuestra lírica contemporánea. Si salvamos la parte final, “Asuntos del teatro”, que está un poco mampuesta, el resto del libro es de una impresionante unidad. Se diría que todos sus poemas son un solo poema. Hay que decir, además, que los poemas, que son todos largos poemas, están estructurados al modo de cantos o estancias: cada poema es un reino aparte, pero ese reino se comunica secretamente con todos los otros reinos. Así, cuando canta a la “casa” es inevitable pensar también en el poema elegíaco al padre muerto.

La atmósfera general del libro es como de admonición. Hay una cierta cábala en Palomares, una suerte de juego de presagios y augurios que hacen de todos los acontecimientos algo fatal. Pero, dato curioso: esta atmósfera precelosa está mezclada con un tono exultante de alegría –a veces empañada por la más honda tristeza–. Uno de los primeros poemas dice:

Comienzo así la deliciosa fiesta
en que la feria
por mi corazón queda transformada,
pura, despojada de los malos sabores
y los asuntos del desprecio.

Esta forma exultante, alegre, hímnica, se reparte a lo largo de todos los temas: la casa, los árboles, los animales y los seres humanos. Así le dice a una mujer:

Una mujer alumbra este rostro
desde muy lejos.
Hecho por su amor,
a ella debo el fulgor de mi boca
y el baño que en mis manos se brinda
cuando la belleza me posee.

Luzcan en mi elogio muy altos sus senos
Conviértanse en el lirio inmortal.

A diferencia de todos los otros poetas de su generación Palomares es un poeta en el que tiene cabida la alegría. Precisamente por haber comenzado –y por seguir aún– en los términos de esa alegría, su poesía no sufrió la fractura o “derrota” que sufrieron tantos otros poetas cuando fue exterminada la lucha guerrillera. Sin embargo, Palomares es un poeta comprometido, y participó en nuestras luchas; pero su poesía, como tal, se mantuvo al margen del enconamiento y la ferocidad. El único libro suyo donde pueden quizá hallarse rasgos de la violencia es uno de 1965, titulado *Honras fúnebres*. Véase este pasaje:

Todas las colinas por donde anduve
están sangrientas
y todos los lechos en que dormí fueron del amor.
Veo pasar los caballos
no llevan jinetes, no llevan manos que sostengan sus
riendas ;
yacen por el campo
bajo sus susurrantes moscas, entre quejidos y olor de
heridas recientes.
¡Ríen las espadas
y suenan los fusiles azuzados por las banderas y el
cielo que amo!

Pero en *El Reino* no ocurre así. Se trata de una poesía de mansedumbre, aunque, lo repito, dominada por extraños y potentes presagios. En ella, la alegría domina hasta la muerte, como lo dicen hermosamente estos versos:

Y aunque muera esta rosa roja
y mi frente sea un día coronada por la rosa blanca
quedará en los aires un íntimo y purificado placer.

Por más que no me llamen los aires
Estará el aroma vivo
y la alegría bordará la tierra.

Esta alegría vital de la poesía de Palomares se da sobre todo al contacto con la naturaleza, como lo demostrará hasta la saciedad su libro *Paisano*, que analizaré posteriormente. En todo caso, siempre se trata de decir cosas como: “Hoy te poseo, sol / no menos que las espumas / o los peces ocultos”. Y se interroga, enigmáticamente:

¿Pensará alguien en nosotros
ahora, frente a la llanura
cuando acontece el descenso de ciertas aves?

No obstante, hay que advertir que el “viajero” del poema de Palomares termina y comienza con el descubrimiento de la tristeza, pareja dialéctica de la alegría. Y por eso dice:

Pero en un instante soplo la nostalgia
 y arranco de mí la alegría
 como a la más bella flor de mi cuerpo.
 Y al paso de los astros
 las gentes muertas
 y los hechos desaparecidos
 brindo a los ocultos
 los desconocidos pájaros del rodeo próximo,
 diciéndome que no retornaré más nunca.

Y así comienzo mi aventura.

Sin embargo, el tono exultante, de íntima alegría mezclada a la naturaleza, no es nunca abandonado, ni siquiera en los momentos de mayor tristeza. Un poema comienza:

Saludos, precioso pájaro.
 Y no abandones el oro de las plumas
 entre aquellas nubes

ni pierdas el canto en el dominio de los truenos
no sea que pases del cielo
y quedes preso entre los astros.

¿Por qué ese peligro, ese augurio de que el precioso pájaro puede perder el oro de sus plumas entre las nubes? La respuesta es metafórica, y nos demuestra la profunda raigambre clásica de la poesía de palomares, raigambre que, por lo demás, el poeta nunca ha negado. El pájaro puede perder el oro de sus plumas porque entre las nubes está “el poderoso perro del cielo”. ¿Qué significa este insólito perro? Si no me equivoco es la vieja metáfora latina del sol ladrando como un perro, un *canis*, y de ahí la canícula. Esta metáfora pasó por Góngora y ahora nos la encontramos con Palomares. Tan consciente está el poeta de esta metáfora que la repite en el mismo poema:

Y mientras robabas al perro
los bellos fulgores
de oro para majestad de tus alas...

Véase la alegría, ahora, frente al ser humano:

Ni qué decir de la muchacha
cuyo pecho hasta ayer fuera tan liso
y que luego se ha visto como exquisito racimo.

Toda esta atmósfera está ligada al campo, a lo rural como elemento poético básico. De ahí que no sea sorprendente encontrar cierto temor sagrado a la ciudad, a los viajeros que se aventuran fuera de su lugar nativo y se van al tráfico de las grandes ciudades dejando tras sí, perdida, toda su heredad familiar. Este sentimiento está singularmente transmitido en los siguientes versos:

Saludos.

Pero amigo de viajes,
¿cómo poder contar las pérdidas,
ventas que se han hecho
nuevas adquisiciones?
Y si la modesta familia
vende las posesiones de provincia
y compra apartamentos confortables
¿no hemos vendido al corazón
y una y otra vez
cambiando los pareceres de conciencia
para entender mejor las noticias de la semana?

Mención especial merece, dentro de este libro, la elegía al padre muerto. Vemos cómo comienza, con unos versos de corte expresionista que, paradójicamente, son impresionantes:

Esto dijéronme:
tu padre ha muerto, más nunca habrás de verlo.
Ábrele los ojos por última vez
y huélelo y tócalo por última vez.
Con la terrible mano tuya recórrelo y
huélelo como siguiendo el rastro de su muerte
y entreábrele los ojos por si pudieras
mirar adonde ahora se encuentra.

El poeta, a lo largo de su encendido poema, recuerda algunas cosas de su padre vivo. Pero siempre para terminar encontrándose con la terrible realidad de la muerte, la endu-
recida muerte:

Pero aquel cuerpo que como una piedra descansa
húndelo en la tierra y cúbrelo
y profundízalo hasta hacerlo fuego
y que el pavor se hunda con sus exánimes miembros
y que su fuerza descoyuntada desaparezca
como en el mes de mayo desaparecen algunas aves
que se van, errantes, y nadie las distinguirá jamás.

...

Duérmete, como se duerme todo,
pues el limpio sueño nos levanta las manos y nos
independiza

de esta intemperie, de esta soledad,
de esta enorme superficie sin salida.

La acostumbrada alegría del poeta hace desesperados esfuerzos por aparecer, pero la figura del padre muerto, que es una figura casi totémica, impone su tristeza mortal. La figura del padre aparece en otros poemas con esa calidad totémica a que me he referido, como cuando dice, en el poema “Conquistas”: “¡Padre! Asoma tu cabeza por entre la oscuridad. Hazte luminoso”. Por eso, el poeta termina por decirle mansamente:

No mires más los arroyos que se llevaron las aguas
las de ayer, las de hoy, las de ahora mismo,
y por lejanía no dejes vagar tu mirada
acuciada por el dolor de los pájaros presos,
por el dolor de quienes dejaron partir a la amada
por el dolor de quien no puede marchar más nunca
a su país.

Hace poco tiempo han pasado ante tus ojos
sobre la tarde tan gris, por el cielo inhóspito,
ciertas aves migratorias llenas de tristeza.

Esta “Elegía a la muerte de mi padre” puede considerarse, a justo título, como una de las elegías más dramáticas con

que cuenta la poesía venezolana, comparable a la que hizo Vicente Gerbasi en *Mi padre el inmigrante*, y también a la – tan diferente– *Elegía a la muerte de Guatimocín, mi padre*, de Caupolicán Ovalles.

Este libro está organizado en torno a un tema.

PAISANO **Nuevo libro de Ramón Palomares¹**

Fernando Paz Castillo

P*aisano* es, sencillamente un libro de un poeta. De un poeta joven que, en poco tiempo, ha conquistado merecida fama.

En efecto, Ramón Palomares publicó *El Reino*, su primera obra en 1958. Entonces la leí con sorpresa y con agrado por el contenido, y sobre todo porque los frescos poemas eran la manera revelación de un poeta.

Ahora confirman aquella augural emoción, los poemas de *Paisano*. Pequeño, hermoso libro escrito en Boconó. Donde vivió el poeta, rodeado de sus montes, de su río y de sus animales, familiares o salvajes, y de sus cantos.

Porque en este libro de Palomares lo esencial es el canto. Pero no en el sentido heroico de la palabra. No en el canto que va de

1 *El Nacional*. Domingo, 14 de junio de 1964. A-4

los labios hacia fuera para exaltar con su nobleza virtudes extrañas. Sino el que brota de la esencia misma de las cosas creadas, como para explicar la razón de la existencia, en una armonía infinita, a pesar de la pugna constante —que por otra parte es ingénita manifestación de vida— entre todos los seres, grandes o pequeños, que alientan bajo el sol.

No creo aventurado, por lo tanto, decir que en el lenguaje poético de Ramón Palomares hay un lejano pero persuasivo influjo bíblico. Algo rudo y delicado, áspero y fresco; y, sobre todo, lírico y realista al par, como la vida y cultura campesinas, en la cual toma, el cantor, su mejor acento.

Razón tiene, por ello, Sambrano Urdaneta al señalar que “en Boconó se produjo el milagroso reencuentro del poeta con las más puras esencias y fermentos requeridos para su sensualidad”.

Pocas veces será más justificado el término “reencuentro”. En realidad los versos de Palomares son, en general, un reencuentro emocionado con el mundo y con la poesía de la infancia; pero vista ahora a través de una ardua experiencia literaria.

Y así, todos sus versos —trágicos, humoristas, dolientes o esperanzados— proceden del canto, van al canto o se detienen en

el canto. El cual modifica, en muchas oportunidades, la íntima naturaleza de las cosas.

Es el caso del poema “Culebra”, como puede deducirse de sus propias palabras: “ y como vino entre el viento, allá está / en el cuarto donde se come los pájaros / les comió las plumas y después las patas / pero la cabeza se le va a atorar / y va a comenzar a cantar a media noche / y se va a mover por los espejos / y a agarrarse de la cabeza del diablo que está en los rincones”.

Esto es, que, entre todo lo que ha muerto, subsiste el canto. Las plumas y las patas desaparecieron; pero él no. Y resurge en la culebra, que ahora parece tener alas también, aunque sea para llevarnos al infierno, cuando se arrastra por el suelo, por los rincones, por los espejos con sus ojos de fuego y su inesperada melodía.

En Palomares se conserva fresco, con su sentido de deformación —y esto es primordial, sobre todo en la obra a la que me refiero—, mucho del pensamiento del niño, el cual vive siempre perdido, aun cuando ello parezca extraño a los mayores, que lo rodean sin entenderlo, entre recuerdos y temores heredados; y por el mundo, sorprendente y metafórico, de sus primeros encuentros con la vida.

Semilla de poesía que prospera en el alma oscura desde entonces. Cuando en el patio familiar, en el corral de altos árboles o en el campo más distante y atrayente, suele el niño vivir rodeado —más que de los hombres, un poco agresivos a pesar de su afecto—, de las hormigas, de las mariposas y de los pájaros, con quienes confidencialmente se distrae de la vida rutinaria, haciendo su propia poesía, en una fecunda soledad profunda.

En todo esto me han hecho pensar hoy, los versos, a veces un poco arbitrarios al parecer, de Ramón Palomares, cuya oportuna frase poética tiene siempre, cuando menos, la lozanía de un hallazgo; o el encanto de una repetición, que por la originalidad de las frases parece nueva.

Cantar es el destino de todas las cosas. Pero con frecuencia, como en el poema “Patatas arriba en el techo”, el canto está unido a la destrucción; y es fruto de un dolor invisible: “Yo sé donde se encuentra / donde está cantando ahora y comiéndose las hormigas / el pájaro que vuela arriba de las nubes /él que sabe andar por los sueños”.

Parecida situación es corriente en los versos de Palomares. Diríase que juega un poco al azar con la existencia de las criaturas. Parece así en “Culebra”, composición ya citada; y en “Entre el río”, la cual tomo aquí, a manera de ejemplo, por su realismo;

el río que canta con su corriente cristalina, limpia, en tanto que come “platos como guayabas podridas y ganado muerto”.

He dicho que Palomares conserva fresca la expresión del niño —del niño poeta— a través de una muy acendrada práctica literaria; y con una simplicidad profunda, como ajena al pensamiento culto, que no deja recordar algunos aspectos de Juan Ramón Jiménez, cuando éste anduvo junto a sus malvas, su romero, sus amapolas y sus trigos.

Mas, el realismo de Palomares, vigente en el ejemplo del río, es también consecuencia de la naturaleza, milagrosamente infantil de su inspiración. En verdad, pocas cosas hay, entre los humanos, más realista que un niño. Quien, sin duda crea juegos, hermosos juegos, pero lo hace con la realidad que los circuye. El amor y el dolor que los afectan, los convierte en juegos. Y juega hasta con las enfermedades y muerte de los seres queridos.

Un procedimiento semejante emplea Palomares en *Paisano*. En cuyas páginas hay, como en la vida misma, una constante y contradictoria sensación de permanencia y tránsito.

En “El patio”, una de sus más bellas composiciones para mi gusto, escribe: “Pues me estuve entre las flores del patio / con las cayenas / gozando con las hojas y los rayos del cielo. / Aquí

pongo mi cama y me acuesto / y me doy un baño de flores. / Y después saldré a decirle a las culebras y a las gallinas / y a todos los árboles. / Me estuve sobre las betulias y sobre las tejas de rosas / conversando, cenando, escuchando al viento/yo me voy a encontrar un caballo y seremos amigos. / Mañana le digo al saúco que me voy/ hasta muy lejos, hasta allá donde están cantando los hombres”.

Cuántas cosas dicen con un lenguaje sencillo, imaginativo o alegórico, estos poemas solares, en los cuales se siente a sí mismo, a pesar de los temas humanos, familiares y telúricos, algo ignoto. Porque Dios no creó al hombre solamente de barro rojo sino también de sueños buenos o malos. Y así aparezca feliz, aparentando sus rebaños entre espigas, hay en su conciencia ofuscada una inconfundible semilla de dolor y de muerte.

Y esto lo expresa el poeta de *Paisano* en la alegoría “Huyendo”. En la cual se siente la presencia de Caín. La tremenda presencia de esta inquietud que hemos heredado los hombres. Porque si todos somos humanos, todos, de un modo o de otro, resultamos Caínes, en el hecho o en el pensamiento; Caínes que nos deslizamos engañando el propio destino con la oración o con el canto. De allí que en ambos —así los conciba un niño— haya una escética raíz amarga.

Con el poema “Huyendo”, ya mencionado, aparece quizá el aspecto más trágico de la obra de Palomares. Ya que en los dedicados a la muerte, como se verá enseguida, ésta tiene un maeterlinckiano y familiar espíritu de reconciliación:

“Vas a poner tus pies en mi casa / vas a dejar tu bastón / vas a decir: ¡Hipa! ¿No hay gente? / Me toqué la frente y me encontré como vidrio / y miré mis piernas / y vi dos torcaces negras en vez de piernas / y me fui nadando y me encontré en una música. / Yo vi antes este zaguán / que le cantaban al ángel/ y escuché silbar por entre las cortinas / y me senté y puse cuidado; / escuchaba conversar, escuchaba la noche”.

Muerte, música y canto están confundidas en el libro. Por ello, no es para mí coincidencia que sean tres los poemas dedicados a la muerte. Y tres los consagrados al baile en las páginas finales. Ni que el último de éstos concluya dejando en el espíritu una íntima sensación de regreso: “No dejaré de volver/ voy a iluminar ventanas”, dice.

Iluminar las ventanas en la hora de la tarde... Ida, regreso. ¡Cuántas cosas!

BIBLIOGRAFÍA

RODRÍGUEZ CARUCCI, Alberto y BOHÓRQUEZ, Douglas. *Lecturas Múltiples*. Ramón Palomares, Ediciones Fundecem. Mérida (2016).

ROMÁN, Ernesto. “Todo era de Ramón Palomares” en <https://letralia.com/articulos-y-reportajes/2016/03/18/todo-era-de-ramon-palomares/>

CRESPO, Luis Alberto. “De El Reino a Adiós Escuque: Ramón Palomares y la poesía del realismo”. *Revista Nacional de Cultura* (Caracas) (221):67-72, jul.-sept. 1975.

SILVA, Ludovico. “El Reino de Ramón Palomares”. En: *La Torre de Los Ángeles*. Caracas, 21-08-1958. P. 8.

PAZ CASTILLO, Fernando. “Paisano, nuevo libro de Ramón Palomares”. *El Nacional*. Caracas, 14-06-1964. P. A-4.

MÁS ALLÁ DEL ROCÍO Los reinos de Ramón Palomares

¿Y qué hay más allá del rocío? —No me olvides dijo la elevada palmera...

Ramón Palomares es uno de los grandes poetas que Venezuela le ha dado al universo. Su apreciada obra recibe innumerables elogios, distinciones que lo catalogan como uno de los poetas más sobresalientes de la lengua castellana. Sin duda alguna el “Viejo Lobo” ha dejado una marca que podemos apreciar en varios ensayos y para celebrarlo, acá disponemos de cuatro de ellos: “Todo era de Ramón Palomares” de Ernesto Román, “*De El Reino a Adiós Escuque*” de Luis Alberto Crespo, “*El Reino de Ramón Palomares*” de Ludovico Silva y “*Paisano. Nuevo libro de Ramón Palomares*” de Fernando Paz Castillo. Cuatro reconocidos literatos venezolanos le honran con su acertada crítica y le dicen al poeta: Saludos.

Ediciones Minci



Gobierno
Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Comunicación e Información**